

que estaba escondido en un armario artísticamente fabricado en el grueso de una pared en donde efectivamente le encontraron cubierto de papeles.

El terror que le causó la vista de una muerte que se le presentaba por todos lados le quitó las fuerzas de pronunciar una sola palabra (1). Don Rodrigo de Saa, camarero mayor, le dió el primer pistoletazo; luego atravesado con un sin número de estocadas, los conjurados le arrojaron por la ventana gritando: « Murió el tirano; viva la libertad y Don Juan, rey de Portugal.

El pueblo, que se habia reunido á las puertas de palacio, al verle precipitar prorumpió en mil gritos de alegría y respondió á los conjurados con grandes aclamaciones de júbilo y aprobacion: luego se arrojó con furor sobre el cadaver de aquel desdichado; cada cual creia heriendole vengar la injuria pública y dar los últimos golpes á la tirania.

Tal fué la muerte de Miguel Vasconce-

(1) Souza, l. III, c. 33, p. 565.

llos, portugues de nacimiento, pero enemigo jurado de su pais y enteramente español por su inclinacion. Estaba dotado de un talento admirable para los negocios, hábil, aplicado á su empleo, incansable para el trabajo, fecundo para inventar nuevos modos de sonsacar dinero del pueblo, y por consiguiente desapiadado, inflexible y duro hasta la crueldad; sin parientes, sin amigos, sin consideraciones, nadie tenia poder en su espíritu; insensible hasta para los placeres é incapaz de conmoverse por los remordimientos de su conciencia; en el ejercicio de su empleo habia acumulado bienes inmensos cuya mayor parte fueron saqueados en el calor de la sedicion. El pueblo se hizo justicia por sí mismo y se pagó con sus propias manos de los agravios que pretendia haber recibido durante su ministerio.

Pinto sin perder tiempo marchó para reunirse á los otros conjurados que debian apoderarse del palacio y de la persona de la vireyna. Encontró que ya todo

estaba concluido y que en todas partes habia habido un buen éxito igual: en efecto los que estaban destinados para atacar el aposento de esta princesa habiendose presentado á la puerta, y el pueblo furioso amenazando de pegarla fuego si desde luego no la mandaba abrir, la vireyna se presentó á la puerta acompañada de sus damas de honor y del arzobispo de Braga, lisonjeándose que su presencia apaciguaria la nobleza y contendria el pueblo. « Confieso, señores, les dijo avanzando hácia los principales conjurados, que el secretario ha acarreado justamente contra sí el odio del pueblo y vuestra indignacion con la dureza é insolencia de su conducta: su muerte acaba de libertaros de un ministro odioso. Vuestro resentimiento ya debe quedar satisfecho. Tened presente que estos movimientos todavía pueden achacarse al odio público contra el secretario; pero si persistis mas tiempo en este tumulto no podreis disculparos del crimen de rebeldía, y me privareis á

mí misma del placer de poderos disculpar ante el soberano. »

Don Antonio de Menezes la respondió que tantos hombres distinguidos no solo habian tomado las armas para quitar la vida á un hombre vil y despreciable que debia perderla á manos del verdugo; que se habian reunido para restituir al duque de Braganza una corona que legitimamente le pertenecia, que se habia usurpado á su casa, y que todos sacrificarian su vida con placer para colocarle de nuevo en el trono. La princesa quiso responderle é interponer la autoridad del rey; pero Almeida, temiendo que un discurso mas prolongado no entibiase el ardor de los conjurados, la interrumpió secamente diciéndola: « que el Portugal ya no reconocia otro rey que el duque de Braganza; y al mismo tiempo todos los conjurados gritaron á porfia: Viva Don Juan rey de Portugal.

Viendo la vireyna que ya no guardaban ninguna medida, creyó encontrar mas

obediencia en la masa, del pueblo, y que su presencia infundiría mas respeto á los artesanos, no viéndose apoyados por los conjurados : pero cuando iba á bajar la escalera, Don Cárlos de Noroña la detuvo y la suplicó que se retirase á su aposento, asegurándole que estaria servida con el mismo esmero y respeto como si todavía estuviese mandando en el reyno, al paso que seria una imprudencia exponer una princesa tan grande á los insultos del pueblo todavía en movimiento y exaltado por su libertad. Estas palabras fácilmente dieron á conocer á la princesa que estaba presa : colérica de despecho le preguntó orgullosamente : « ¿ Que puede hacerme el pueblo ? » A lo que la respondió Noroña con mucha viveza : « Señora , nada mas que arrojar á vuestra alteza por la ventana. »

El arzobispo de Braga no pudo reprimir su cólera al oír estas últimas palabras, tomó la espada de un soldado que estaba allí inmediato, y ciego de furor, queriendo

arrojarse en medio de los conjurados para vengar el ultraje hecho á la vireyna iba á hacerse matar cuando Don Miguel de Almeida arrojándose á sus brazos le rogó que tuviese presente el peligro á que se exponia, y llevándosele violentamente á un lado, le dijo « que su vida pendia de un hilo, pues bastante trabajo le habia costado salvarla del furor de los conjurados, que le odiaban extraordinariamente, y por lo mismo no debia agriarles mas con una valentona inútil y poco decente en un hombre de su carácter. » Vióse pues precisado á retirarse y aun á disimular toda su cólera con la esperanza de que el tiempo le proporcionaria una ocasion mas favorable para hacer estallar su venganza contra Noroña y su afecto á los intereses de la España.

Los demas conjurados se apoderaron de los Españoles que estaban en palacio ó en la ciudad : prendieron al marques de Puebla, mayordomo mayor de la vireyna, y hermano mayor del marques de Leganés,

Don Diego Cárdenas, maestre de campo general, Don Fernando de Castro, intendente de marina, el marques de Bainetto, italiano, caballero mayor de la vireyna, y algunos oficiales de marina que se hallaban en el puerto. Esto se hizo con tanta tranquilidad como si se les hubiese preso en virtud de una orden del rey de España: nadie dió un paso para socorrerles, y ellos mismos se hallaban poco en estado de defenderse, pues á los mas de ellos se les cogió en la cama.

Seguidamente Antonio de Saldaña capitaneando á sus amigos y una multitud de pueblo que les seguia, subió al supremo consejo de relacion. Allí expuso la felicidad del Portugal, que habia restablecido su rey legítimo; que la tiranía acababa de destruirse y que las leyes ya desde tanto tiempo holladas, iban á tomar de nuevo su antiguo vigor bajo un principe tan sabio y justo: su discurso se recibió con un aplauso general; respondieron á él con las mas vivas aclamaciones á favor

del nuevo príncipe; y Gonzalez de Souza de Macedo, primer presidente de aquel supremo tribunal y padre del historiador que hemos consultado, pronunció desde luego sus fallos en nombre del señor Don Juan, rey de Portugal.

Mientras que Antonio de Saldaña disponia el tribunal de relacion á reconocer por rey al duque de Braganza, Don Gaston Contiño sacaba de las cárceles á todos los que la crueldad de los ministros de España tenia encerrados en ellas: esta buena gente pasando repentinamente desde un oscuro calabozo y del temor continuo de un suplicio, al placer de hallar su libertad en la de su patria, enternecidos de reconocimiento y exaltados con el miedo que tenian de caer de nuevo en sus cadenas, formaron una especie de nueva compañía de conjurados, no menos ardorosos para consolidar el trono del duque de Braganza, que el cuerpo de la nobleza que habia formado el primer proyecto y dado los primeros pasos.

En medio del júbilo que causó á los conjurados el éxito favorable de su empresa, Pinto con los principales no dejaba de tener alguna inquietud. Los españoles estaban todavía en la ciudadela, desde donde podían batir la ciudad y hacer arrepentir al pueblo de una alegría indiscreta : además era una puerta segura al rey de España para entrar en la ciudad y establecer de nuevo su autoridad ; así pues, creyendo no haber hecho nada mientras no fuesen dueños de aquella plaza, se dirigieron á la vireyna pidiéndola una orden dirigida al gobernador para que les entregase la fortaleza.

La princesa desechó altamente esta proposición, y reprochándoles su rebeldía les preguntó con indignación si querían hacerla también su cómplice. Irritado Alameda con esta negativa, centelleando cólera y fuego por los ojos, juró que si no firmaba con la mayor prontitud la orden que se la pedía iba desde luego á quitar la vida á todos los Españoles que estaban

presos. Atemorizada la princesa con el acaloramiento de aquel hombre, y temiendo por la vida de tantos sujetos de distinción, creyó que el gobernador sabía muy bien su deber para no dar cumplimiento á una orden que fácilmente concibiría haberse sonsacado con violencia ; así pues firmó la orden, pero produjo un efecto enteramente contrario á lo que ella se había prometido. El gobernador español, Don Luis del Campo, hombre de poca resolución, viendo á la puerta de la ciudadela todos los conjurados en armas, seguidos de un pueblo inmenso, que amenazaban despedazarle con toda su guarnición si no se rendía al instante, se creyó muy feliz de salir del mal paso á tan poca costa con un título ostensible que ponía á cubierto su cobardía ; entregó pues la ciudadela. Seguros ya los conjurados por todas partes, despacharon inmediatamente á Mendoza y el montero mayor hácia el duque de Braganza para llevarle estas felices nuevas y asegurarle de parte de toda la ciu-

dad que ya no faltaba mas que la presencia del rey para la completa felicidad del pueblo.

No se puede decir que los deseos de verle fuesen todos iguales : los grandes del reyno no veian su elevacion sin dejar de sentir una envidia secreta , y los de la nobleza que no habian tomado parte en la conjuracion, observaban un silencio estudiado que patentizaba su incertidumbre : y aun algunos de ellos se adelantaban hasta decir que no era seguro que el príncipe quisiese aprobar una accion tan osada y que produciria infaliblemente terribles consecuencias. Los hechuras de los Españoles, principalmente, estaban extraordinariamente consternados : no se atrevian á presentarse de miedo de llamar contra sí la cólera del pueblo, todavía exaltado con su nueva libertad, y cada qual se estaba encerrado en su casa, esperando que el tiempo le enseñase lo que debia temer ó esperar de las intenciones del duque de Braganza.

Pero sus amigos, que estaban perfectamente instruidos de ellas, marchaban siempre con paso firme. Se reunieron en palacio para dar algunas órdenes interin llegaba el rey : proclamaron unánimemente al arzobispo de Lisboa presidente del consejo y lugarteniente general del reyno; este desde luego se resistió exponiendo que el estado actual de la ciudad y de todo el reyno necesitaba mas bien de un general que de un hombre de su carácter : por último, aparentando ceder á los ruegos de sus amigos, consintió á encargarse de firmar las órdenes, mientras que se le agregase el arzobispo de Braga como colega para la expedicion de los negocios y de las órdenes que deberian darse interin llegase el rey.

Este prelado astuto y hábil esperaba por este medio, so pretexto de partir con el otro la autoridad, hacerle cómplice y por consiguiente criminal para con los Españoles, si aceptaba la calidad de gobernador, de la cual en la realidad nunca le

hubiera dejado mas que el título; ó bien si no aceptaba, perderle en el ánimo del príncipe y hacerle odioso al mismo pueblo y á todo el Portugal como enemigo declarado de todo el reyno.

El arzobispo de Braga no desconoció el lazo que se le tendia , pero como era enteramente adicto al partido de los Españoles por el grande afecto que profesaba á la vireyna , se negó altamente á tomar la menor parte en el gobierno; de suerte que el arzobispo de Lisboa lo tomó él solo y sobre sí, y se le nombraron por consejeros de estado á Don Miguel de Almeida, Don Pedro Mendoza, y Don Antonio de Almada.

Una de las primeras disposiciones del gobernador fué apoderarse de tres grandes galeones españoles que habia en el puerto de Lisboa : se armaron unas barcas en las cuales se arrojó toda la juventud de la ciudad con el anhelo de distinguirse; pero encontraron aquellos buques sin ninguna resistencia, pues los oficiales y la

mayor parte de los soldados habian sido presos en la ciudad cuando estalló la conjuracion.

La misma noche despachó correos á todas las provincias para invitar á los pueblos á dar gracias á Dios por haber recobrado su libertad, con órden expresa á todos los magistrados de hacer proclamar al duque de Braganza rey de Portugal, y al mismo tiempo prender á todos los Españoles que pudiesen encontrarse. Seguidamente mandó hacer en Lisboa todos los preparativos necesarios para recibir con magnificencia al nuevo soberano que estaban esperando de un momento á otro. El arzobispo hizo entender á la vireyna que era muy conducente se retirase de palacio para hacer lugar al rey y á toda su casa ; la hizo preparar un aposento en la casa real de Jabregas, situada á un extremo de la ciudad. En quanto supo la princesa las intenciones del arzobispo , salió de palacio; pero atravesó toda la ciudad para ir á su nuevo domicilio con un aire

orgullosa y sin hablar una sola palabra : ya no se veian á su rededor aquel enjambre de cortesanos que comunmente la acompañaban , pues apenas la seguian algunos criados ; y solo el arzobispo de Braga , siempre constante en su afecto , le dió pruebas públicas de ello en un momento en que no dejaban de ser arriesgadas para la seguridad de su vida.

Mientras tanto el duque de Braganza en la incertidumbre de su destino , estaba en una agitacion la mas cruel : quanto la esperanza mas lisongera presenta de agradable y el temor mas cruel de terrible y espantoso se le presentaba sucesivamente á la imaginacion. La distancia de Villaviciosa , que está á treinta leguas de Lisboa , no le permitia saber noticias tan pronto como hubiera deseado : solo sabia que en aquel momento se decidia de su vida ó de su muerte. Por de contado habia resuelto , como ya hemos dicho , hacer levantar en el mismo dia todas las poblaciones de su dependencia , pero creyó mas cauto espe-

rar noticias de Lisboa á fin de tomar su partido consecuente á lo que habra pasado en aquella ciudad. Quedaban el reyno de los Algarves y la ciudad y ciudadela de Yelves , en donde podia retirarse si el éxito no era favorable en la capital ; y aun creyó poder todavía disculparse de haber tomado parte en la conjuracion , sobre todo en una época en que fácilmente los Españoles consentirian á que él mismo quisiese declararse inocente.

Habia mandado varios correos por el camino de Lisboa , y aunque esperaba noticias por momentos , ya habia pasado todo el dia y una parte de la noche en estas agitaciones , quando al fin Mendoza y Mello , que habian corrido sin ninguna detencion , llegaron á Villaviciosa. Desde luego se arrojaron á los pies del príncipe , y por esta accion respetuosa y la alegría que brillaba en su cara , le dijeron , todavía mejor que con sus palabras que era rey de Portugal.

Quisieron darle una cuenta exacta del



éxito de la empresa, pero el príncipe, sin darles tiempo de entrar en pormenores, les condujo él mismo al aposento de la duquesa. Los dos caballeros la saludaron con el mismo respeto que si estuviese ya sentada en el trono; le aseguraron el tierno afecto de todos sus vasallos, y para manifestarle que la reconocian por su soberana, la dieron siempre el tratamiento de magestad, que debia serle tanto mas lisonjero cuanto que anteriormente no se habia dado otro título que el de alteza á los reyes de Portugal.

Solo podra juzgarse cual seria el júbilo de aquellos príncipes penetrándose de la cruel inquietud que les atormentaba un momento antes, y por la gran fortuna en que felizmente se encontraban elevados. Desde luego en todo el palacio résonaron gritos de alegría, y en un instante la noticia se extendió en todas las inmediaciones: en el mismo dia se le proclamó rey de Portugal en todos los pueblos de su dependencia; Alfonso de Mello mandó ha-

cer lo mismo en la ciudad de Yelves; cada cual corria precipitadamente á prestar sus homenajes al nuevo rey; y quizas estas primeras pruebas de afecto aunque tributadas en la mayor confusion, no conmovieron menos el corazon de aquel príncipe que las que recibió algun tiempo despues un dia de gran ceremonia.

El arzobispo regente despachaba un correo tras otro al duque de Braganza, representándole cuan importante era su presencia en Lisboa. El último correo le encontró el lunes, á mitad, de camino en la llanura de Montemor, en donde para cubrir su marcha, aquel príncipe tímido fingia ir cazando: pero en cuanto abrió el pliego del regente, tomó la posta para ir á Aldea-Galega de donde no se hallaba mas distante que unas diez leguas, y habiendo encontrado allí una barca con dos pescadores, se metió en ella y se hizo conducir á Lisboa, atravesando el Tajo que en aquel parage tiene tres leguas de ancho. De Ablancour, enviado del rey difunto en

Portugal, dice en sus memorias, que aquel príncipe tomó tierra en la plaza de palacio, que es un cuadriongo muy espacioso cerrado por tres lados por el palacio de la Alfárdega y algunas casas particulares, y del otro lado por el Tajo mediante un muro ó parapeto hecho en forma de terraplen : que aquella gran plaza estaba llena de una infinidad de gente de todas clases y condiciones que dos dias habia estaban esperando al rey, no perdiendo de vista Aldea-Galega; pero dice aquel escritor, ni uno solo conjeturó, al ver llegar aquella barca de pescadores, que en ella venia el rey; que nadie le conoció de cuanta gente habia en la plaza; que pasó atravesando aquella multitud lo mismo que un particular cualquiera; y que solo despues de haber subido encima de una especie de tablado sobre el cual habian colocado su trono, solo entonces le saludaron y proclamaron rey en medio de los vivas y aplausos generales de todos los Portugueses.

Por la noche hubo fuegos artificiales en todas las plazas públicas; y en particular los artesanos los habian dispuesto individualmente ante las puertas de sus casas : todos los balcones y ventanas estuvieron iluminados toda la noche con una infinidad de antorchas y bugías; de suerte que toda la ciudad parecia una hoguera : lo que hizo decir á un Español que aquel príncipe era muy querido, pues que un reyno tan bello no le costaba mas que un fuego artificial.

En efecto en toda la extension del reyno siguió inmediatamente un levantamiento general igual al de Lisboa. Tan pronta y general fue esta revolucion, que parecia que á la par de aquella capital, en cada ciudad subalterna existia una conspiracion ya pronta á estallar : diariamente recibia correos el rey noticiándole que las ciudades y provincias enteras habian expellido á los Españoles para ponerse bajo su obediencia : los gobernadores de las plazas no fueron mas firmes que el de la

ciudadela de Lisboa; y séase que no tuviesen bastantes tropas para contener al pueblo ó que les faltase el valor ó municiones, lo cierto es que salieron vergonzosamente, los mas de ellos sin disparar un tiro. Cada cual temia para sí la misma suerte que le habia cabido á Vasconcellos; y nada les parecia tan terrible como el pueblo enfurecido: así pues, se puede decir que huyeron de Portugal con la misma precipitacion que unos criminales prófugos de sus encierros, sin que en todo el reyno quedase ni un solo Español en libertad, y todo esto en menos de quince dias.

Solo Don Fernando de la Cueva, gobernador de la ciudadela de San Juan, á la embocadura del Tajo, pareció querer defenderse contra la revolucion general, y conservar la plaza al rey su amo. Su guarnicion solo se componia de Españoles mandados por oficiales valientes que hicieron una resistencia muy vigorosa á los primeros aproches de los Portugueses, y fue necesario resolverse á sitiarse en forma.

Se mandaron venir cañones de Lisboa, se abrió la trinchera y se adelantó hasta la contraescarpa, á pesar del fuego continuo y las frecuentes salidas de los sitiados.

Pero como el medio de la negociacion siempre es el mas seguro y muchas veces el mas corto, el rey mandó hacer proposiciones tan ventajosas al gobernador, que no tuvo fuerza de resistir á ellas. Le deslumbraron las sumas inmensas que le ofrecieron junto con una encomienda de la órden de Cristo que aquel príncipe le aseguró: hizo su tratado y entregó la ciudadela, so pretexto de que no tenia tropas suficientes para defenderla, contra la voluntad de los principales oficiales de la guarnicion que se negaron á firmar la capitulacion.

El rey juzgó conveniente no diferir por mas tiempo la ceremonia de su coronacion, á fin de consagrar su dignidad real, y presentar su persona mas augusta al pueblo. Hízose la ceremonia el dia quince de di-

ciembre con toda la magnificencia posible, hallándose presentes el duque de Aveiro, el marques de Villa-Real, el duque de Camino su hijo, el conde de Monsano y todos los demas grandes del reyno. el arzobispo de Lisboa á la cabeza de su clero y acompañado de varios obispos, le recibió á la puerta de la catedral, y todos los estados del reyno le reconocieron solemnemente por rey de Portugal, prestándole juramento de fidelidad.

Pocos dias despues llegó la reyna con un séquito numeroso. Toda la corte salió á su encuentro: los oficiales nombrados para componer su familia ya estaban con ella, y el mismo rey salió de Lisboa para recibirla: este príncipe nada olvidó de toda la magnificencia conveniente á su nueva dignidad y que pudiese hacerla creer que él estaba bien persuadido de que su esposa habia contribuido no poco á hacerle subir al trono. Se notó que en esta mudanza de fortuna la reyna sostuvo tan bien el decoro de su nueva dignidad, y

con tanta gracia y magestad como si hubiese nacido en el trono.

Tal fue el éxito de aquella empresa que puede realmente llamársela un milagro del secreto; ya se considere el crecido número de individuos que estaban en él ó las diversas clases á que estos pertenecian. Pero una consecuencia natural de los sentimientos de odio y aversion que cada cual alimentaba ya desde mucho tiempo contra el gobierno español: sentimientos que las guerras frecuentes que aquellos dos pueblos se han hecho siempre como vecinos, crearon ya desde el principio de esta monarquía, que la concurrencia en el descubrimiento de las Indias y las frecuentes disputas mercantiles habian aumentado en términos que desde que los Portugueses se habian visto sometidos á la dominacion castellana, habian degenerado en un odio el mas violento.

Muy luego llegó esta noticia á la corte de España; cuyo ministro lo sintió sobre manera viendo que le habian ganado de